

El “postdesarrollo” como concepto y práctica social

Arturo Escobar*

Traducido por Emeshe Juhász-Mininberg

En 1992, un volumen colectivo editado por Wolfgang Sachs, *The Development Dictionary (Diccionario del desarrollo)*, abría con la siguiente declaración radical y controversial: “Los últimos cuarenta años pueden denominarse la era del desarrollo. Esta época se acerca a su fin. Es el momento indicado de redactar su esquela de defunción” (Sachs, 1992: 1). Si el desarrollo había muerto, ¿qué vendría después? En el intento de responder a esta pregunta, algunos empezaron a hablar de una “era de postdesarrollo” (Escobar, 1991). Un segundo trabajo colectivo, *The Postdevelopment Reader* (Rahnema y Bawtree, 1997), lanzó el proyecto de dar contenido a la noción de “postdesarrollo”. Según los editores de este trabajo, la palabra “postdesarrollo” se utilizó por primera vez en 1991 en un coloquio internacional celebrado en Ginebra. Seis años después ya había cautivado la imaginación de académicos críticos y practicantes en el campo del desarrollo. Desde entonces, ha habido reacciones diversas provenientes de toda la gama del espectro político-académico, lo cual ha producido un debate de gran dinamismo si bien en ocasiones un tanto fragmentado. Dicho debate ha reunido a practicantes y a académicos de muchas disciplinas y campos de las ciencias sociales.

Para poder comprender plenamente el surgimiento de la noción de postdesarrollo y cómo ha funcionado en el debate sobre desarrollo internacional, es importante ubicarlo de forma breve dentro del campo de estudios sobre el desarrollo.

A lo largo de los últimos cincuenta años, la conceptualización sobre el desarrollo en las ciencias sociales ha visto tres momentos principales correspondientes a tres orientaciones teóricas contrastantes: la teoría de la modernización en las décadas de los cincuenta y sesenta, con sus teorías aliadas de crecimiento y desarrollo; la teoría de la dependencia y perspectivas relacionadas en los años sesenta y setenta; y aproximaciones críticas al desarrollo como discurso cultural en la segunda mitad de la década de los ochenta y los años noventa.

La teoría de la modernización inauguró, para muchos teóricos y élites mundiales, un período de certeza bajo la premisa de los efectos benéficos del capital, la ciencia y la tecnología. Esta certeza sufrió su primer golpe con la teoría de la dependencia, la cual planteaba que las raíces del subdesarrollo se encontraban en la conexión entre dependencia externa y explotación interna, no en una supuesta carencia de capital, tecnología o valores modernos. Para los teóricos de la dependencia el problema no residía tanto en el desarrollo sino en el capitalismo. En los años ochenta, un creciente número de críticos culturales en muchas partes del mundo cuestionaba el concepto mismo del desarrollo. Dichos críticos analizaban el desarrollo como un discurso de origen occidental que operaba como un poderoso mecanismo para la producción cultural, social y económica del Tercer Mundo (p. ej. Ferguson, 1990; Apffel- Marglin y Marglin, 1990; Escobar, 1996; Rist, 1997). Los tres momentos mencionados pueden ser clasificados de acuerdo con los paradigmas originarios de los cuales emergieron: teorías liberales, marxistas y postestructuralistas, respectivamente. Pese a convergencias y a combinaciones más eclécticas que en el pasado reciente, hay un paradigma central que continúa informando actualmente la mayoría de las posiciones, lo cual en ocasiones dificulta el diálogo.

Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, EE UU, e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colombia. Investigador invitado del Programa Cultura, Comunicación y Transformaciones Sociales, Convenio UCV – Fundación Rockefeller. Correo electrónico: aescobar@email.unc.edu

Escobar, Arturo (2005) El “postdesarrollo” como concepto y práctica social. En Daniel Mato (coord.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, pp. 17-31.

Elementos principales de la crítica postestructuralista

Dado que la noción del postdesarrollo proviene directamente de la crítica postestructuralista, conviene repasar brevemente los elementos principales de esta aproximación analítica. Siguiendo la vena postestructuralista de cuestionamiento de las epistemologías realistas (ver el trabajo de Michel Foucault para la mejor explicación de esta tendencia teórica), el motivador principal de la crítica postestructuralista no fue tanto el proponer otra versión del desarrollo –como si a través del refinamiento progresivo del concepto los teóricos pudieran llegar finalmente a una conceptualización verdadera y efectiva- sino el cuestionar precisamente los modos en que Asia, África y Latinoamérica llegaron a ser definidas como “subdesarrolladas” y, por consiguiente, necesitadas de desarrollo.

La pregunta que se hicieron los postestructuralistas no fue “¿cómo podemos mejorar el proceso de desarrollo?”, sino “¿por qué, por medio de qué procesos históricos y con qué consecuencias Asia, África y Latinoamérica fueron ‘ideadas’ como el ‘Tercer Mundo’ a través de los discursos y las prácticas del desarrollo?” La respuesta a esta pregunta comprende muchos elementos, entre los cuales se encuentran los siguientes:

- a) Como discurso histórico, el “desarrollo” surgió a principios del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, si bien sus raíces yacen en procesos históricos más profundos de la modernidad y el capitalismo. Una lectura de los textos y los eventos históricos del período 1945-1960 en particular, valida esta observación. Fue durante ese período que todo tipo de “expertos” del desarrollo empezó a aterrizar masivamente en Asia, África y Latinoamérica, dando realidad a la construcción del Tercer Mundo.
- b) El discurso del desarrollo hizo posible la creación de un vasto aparato institucional a través del cual se desplegó el discurso; es decir, por medio del cual se convirtió en una fuerza social real y efectiva transformando la realidad económica, social, cultural y política de las sociedades en cuestión. Este aparato comprende una variada gama de organizaciones, desde las instituciones de *Bretton Woods* (p. ej. el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional) y otras organizaciones internacionales (p. ej. el sistema de la Organización de Naciones Unidas) hasta las agencias nacionales de planificación y desarrollo, así como proyectos de desarrollo a escala local.
- c) Puede decirse que el discurso del desarrollo ha operado a través de dos mecanismos principales: i) la profesionalización de problemas de desarrollo, lo cual ha incluido el surgimiento de conocimientos especializados así como campos para lidiar con todos los aspectos del “subdesarrollo” (incluyendo el campo en sí de estudios del desarrollo); ii) la institucionalización del desarrollo, la vasta red de organizaciones arriba mencionadas. Estos procesos facilitaron la vinculación sistemática de conocimiento y práctica por medio de proyectos e intervenciones particulares. Desde esta perspectiva, las estrategias como el “desarrollo rural”, por ejemplo, podrían verse como un mecanismo sistemático para vincular conocimientos expertos sobre agricultura, alimentos, etc. con intervenciones particulares (extensión agrícola, crédito, infraestructura, etc.) de formas que –aun cuando aparentan ser “la forma natural de hacer las cosas”- resultaron en una transformación profunda del campo y de las sociedades campesinas de muchas partes del Tercer Mundo, de acuerdo a los lineamientos de los conceptos capitalistas sobre la tierra, la agricultura, la crianza de animales, etc..
- d) Para terminar, el análisis postestructuralista destacó las formas de exclusión que conllevaba el proyecto de desarrollo, en particular la exclusión de los conocimientos, las voces y preocupaciones de aquéllos quienes, paradójicamente, deberían beneficiarse del desarrollo: los pobres de Asia, África y Latinoamérica.

La idea del postdesarrollo

Esta serie de análisis, más la evidencia del creciente descontento con el desarrollo en muchas partes del llamado Tercer Mundo, fue lo que dio lugar a que algunos teóricos sugirieran la idea del postdesarrollo. La desconstrucción del desarrollo, en otras palabras, llevó a los postestructuralistas a plantear la posibilidad de una “era del postdesarrollo”. Para algunos esto significaba generalmente una era en la que el desarrollo ya no sería el principio organizador central de la vida social (Escobar, 1991, 1996); una era en la que, parafraseando un trabajo bien conocido de esa época enfocado en el campo de la mujer en el desarrollo, el desarrollo no tomaría lugar “únicamente bajo la mirada de Occidente” (Mohanty, 1991). Otros añadieron a esta caracterización una re-valoración de las culturas vernáculas, la necesidad de depender menos de los conocimientos de expertos y más de los intentos de la gente común de construir mundos más humanos, así como cultural y ecológicamente sostenibles. Se destacó, además, la importancia de tomar en serio los movimientos sociales y movilizaciones de base como el fundamento para acercarse a la nueva era (Shiva, 1993; Rahnema y Bawtree, 1997; Rist, 1997; Esteva y Prakash, 1999).

De modo general, se puede decir que el postdesarrollo no es un período histórico al cual sus proponentes piensan que hemos llegado o que está a nuestro alcance. Como se verá en breve, esto sería caer en la trampa de regresar a una posición realista (“sabemos que de verdad estamos en una era de postdesarrollo”), lo cual iría en contra del espíritu del postestructuralismo. Para detallar con mayor precisión las diferencias entre el postestructuralismo y otros métodos de análisis más conocidos (el liberal y el marxista), resulta útil repasar cómo responden de forma diferente a una serie de preguntas, según se indica en la tabla nº 1.

Como se puede apreciar en la tabla nº 1, la idea del postdesarrollo se refiere a:

- a) la posibilidad de crear diferentes discursos y representaciones que no se encuentren tan mediados por la construcción del desarrollo (ideologías, metáforas, lenguaje, premisas, etc.);
- b) por lo tanto, la necesidad de cambiar las prácticas de saber y hacer y la “economía política de la verdad” que define al régimen del desarrollo;
- c) por consiguiente, la necesidad de multiplicar centros y agentes de producción de conocimientos – particularmente, hacer visibles las formas de conocimiento producidas por aquéllos quienes supuestamente son los “objetos” del desarrollo para que puedan transformarse en sujetos y agentes;
- d) dos maneras especialmente útiles de lograrlo son: primero, enfocarse en las adaptaciones, subversiones y resistencias que localmente la gente efectúa en relación con las intervenciones del desarrollo (como con la noción de “contra-labor” que se explica más abajo); y, segundo, destacar las estrategias alternas producidas por movimientos sociales al encontrarse con proyectos de desarrollo.

De este modo, podría decirse que la conceptualización de desarrollo alternativo elaborada por el Proceso de Comunidades Negras (PCN), del Pacífico Sur colombiano, es un ejemplo de postdesarrollo. Los activistas y las comunidades mismas no sólo han reclamado su derecho como productores de conocimientos (junto con los expertos convencionales, ya sea en oposición a éstos o bien hibridizando los conocimientos expertos y los locales), sino que al hacerlo han desarrollado una conceptualización alterna del Pacífico como un “territorio-región” de grupos étnicos que no corresponde a la construcción convencional de un lugar para el desarrollo regional. Además, han elaborado lo que se podría denominar una ecología política alternativa basada en nociones de sostenibilidad, autonomía, diversidad y economías alternativas que no se conforman al discurso dominante del desarrollo (ver capítulo de Libia Grueso en este mismo volumen; también Escobar, 1999, para un examen detallado de este marco de trabajo). A través del mundo se observan muchos ejemplos de este tipo que, de manera similar, podría decirse configuran un régimen de postdesarrollo; es decir, una concientización de que la realidad puede definirse en términos distintos a los del desarrollo y que, por consiguiente, las personas y los grupos sociales pueden actuar sobre la base de esas diferentes definiciones.

Respuestas al postdesarrollo

Estos análisis y formas de abogar por concepciones alternativas se convirtieron en objeto de agudas críticas y refutaciones en la segunda mitad de la década del noventa. Éste puede considerarse el cuarto momento en la

sociología histórica del conocimiento del desarrollo. De hecho, un resultado parcial de este debate fue la identificación (mayormente por parte de críticos liberales y marxistas) de una “escuela del postdesarrollo” de orientación postestructuralista. Aunque las críticas del postdesarrollo no han constituido un cuerpo de trabajo unificado, es posible identificar tres objeciones principales a la propuesta original del postdesarrollo:

- a) Dado su enfoque en el discurso, los proponentes del postdesarrollo pasan por alto la pobreza y el capitalismo, los verdaderos problemas del desarrollo.
- b) Presentan una visión muy generalizada y esencialista del desarrollo, mientras que en realidad hay vastas diferencias entre estrategias de desarrollo e instituciones. Tampoco se percataron de los cuestionamientos al desarrollo que se estaban dando localmente.
- c) Romantizaron las tradiciones locales y los movimientos sociales obviando el hecho de que lo local también se encuentra configurado por relaciones de poder (entre las más lúcidas y apasionadas críticas al postdesarrollo, ver Berger, 1995; Lehmann, 1997; Crew y Harrison, 1998; Kiely, 1999; Pieterse, 1998; Storey, 2000; para una respuesta, ver Escobar, 2000).

A parte de poner en evidencia orientaciones paradigmáticas contrastantes (ver tabla nº 1), el debate en torno al postdesarrollo que estas críticas suscitaron también ha de entenderse tomando en cuenta el contexto de producción de conocimientos durante la década del noventa. Este contexto vio la consolidación de nuevas tendencias y campos, en ascendencia desde la década del ochenta, tales como el postestructuralismo, los estudios culturales, la teoría feminista y los estudios étnicos y del medio ambiente, los cuales dieron lugar a diferentes formas de entender cómo opera el desarrollo. Adoptando nuevamente una perspectiva de sociología del conocimiento, podríamos decir que del mismo modo en que las aproximaciones discursivas de los años ochenta y de principios de los noventa fueron posibles como producto de críticas anteriores (p. ej. la teoría de la dependencia y las críticas culturales de pensadores tales como Illich, Freire, Nyere, Fals Borda, Goulet y Galtung) y por la importación de nuevas herramientas de análisis (el postestructuralismo), es imposible entender las críticas de la “escuela del postdesarrollo” sin el momento mismo del postdesarrollo. Como era de esperar, los proponentes del postdesarrollo han respondido a sus críticos sugiriendo que las críticas en sí son problemáticas. Han señalado, de este modo, que el argumento del primer conjunto de críticas constituye básicamente una ingenua defensa de lo real. En otras palabras, los críticos del postdesarrollo plantean que debido al enfoque postestructuralista en el discurso y la cultura, se pasa por alto la realidad de la pobreza, el capitalismo y otros. Para los postestructuralistas, no obstante, ello no constituye un argumento válido ya que se basa en la suposición (marxista o liberal) que el discurso no es material; dicha suposición no alcanza a ver que la modernidad y el capitalismo son simultáneamente sistemas de discurso y de prácticas.

Si la primera crítica del concepto de postdesarrollo puede verse como algo que opera en nombre de lo real, por así decir, la segunda fue recibida como una propuesta en nombre de una (mejor) teoría. Desde un punto de vista epistemológico, los autores del postdesarrollo también encontraron este punto problemático. Parafraseando a los críticos del postdesarrollo, éstos señalaron algo así: “Ustedes (los proponentes del postdesarrollo) representaron el desarrollo como algo homogéneo cuando en realidad es muy diverso. El desarrollo es heterogéneo, algo en disputa, impuro, híbrido. Sus teorías, por lo tanto, son erróneas”. Los teóricos del postdesarrollo reconocieron la importancia y validez de esta crítica. Sin embargo, señalaron que el proyecto postestructuralista era algo distinto –analizar el hecho discursivo como un todo, no cómo se disputa e hibridiza en localidades específicas. Los postestructuralistas señalaron, además, que el asunto no era proveer una representación más precisa de “lo real”; ese era el proyecto de todos los otros teóricos y lo que constituía parte del problema desde esta perspectiva. Al resaltar la naturaleza y los efectos del discurso del desarrollo en general, los analistas postestructuralistas no concebían su labor tanto como un “intento de lograr la verdad”, bajo la égida de un realismo epistemológico que, en todo caso, es visto como problemático por el postestructuralismo, sino más bien como la construcción por parte de intelectuales políticos de un objeto de crítica para el debate y la acción tanto académica como política.

Es decir, mientras que los enfoques dominantes en gran parte ven el conocimiento, en mayor o menor medida, como una representación de lo real, y por lo tanto como algo que puede evaluarse como próximo o lejano de la verdad, los postestructuralistas ven esta posición epistemológica como parte del problema (parte de una creencia eurocéntrica en una verdad lógica como el único árbitro válido del conocimiento), y plantean que la

escogencia de una epistemología y de un marco teórico siempre es un proceso político con consecuencias para el mundo real. Esto no quiere decir que el conocimiento no pueda adquirir un carácter sistemático, sino que lo hace en relación con un fundamento que siempre es histórico (algunos filósofos, como Ernesto Laclau, se refieren a esta característica como “anti-fundacionalismo”, y la agrupan con el “anti-esencialismo” o constructivismo como las bases de las presentan una definición de la globalización en términos de procesos presuntamente reales de flujos, migraciones, mercados, etc., los postestructuralistas, por su parte, desarrollan una noción de “globalización” que les permite cuestionar las suposiciones muy dominantes que la definen en los términos neo-liberales y, de este modo, crean un marco de interpretación en el que la globalización aparece como histórica (no el producto “natural” del desarrollo del mercado, por ejemplo), como algo en disputa (y, por ende, profundamente negociada), y, por lo tanto, el objeto actual o potencial de oposición y transformación. Esta perspectiva no es menos “válida” que la de los neoliberales, aun si la de éstos se acepta como “la verdad” debido al lugar que ocupa dentro de la hegemonía actual.

Por último, al cargo de romantizar lo local y los movimientos sociales, los proponentes del postdesarrollo han respondido señalando como insuficiente la estrategia (liberal y marxista) de hablar “en nombre de la gente” desde la distancia de la academia o las ONG del desarrollo. Dicho más detalladamente, los críticos del concepto del postdesarrollo amonestaron a sus proponentes diciendo que éstos no entendían el poder (el poder yace en lo material y la gente, no en el discurso). Las necesidades de la gente estaban en juego, no los análisis teóricos; con su posición romántica, neo-ludita y relativista, los proponentes del postdesarrollo estaban siendo condescendientes con la gente y pasaban por alto sus intereses. Para los postestructuralistas y los críticos culturales, este comentario refleja el realismo crónico de muchos académicos que invariablemente tildan de romántica cualquier crítica radical de Occidente o cualquier defensa de “lo local”. Los autores postestructuralistas apuntaron, además, que la noción realista del cambio social que subyace al comentario no logra desprenderse de su propia visión de “lo material”, “el sustento”, “necesidades” y otros (Escobar, 2000).

En otras palabras, los economistas políticos, por ejemplo, hablan de las “necesidades reales” de la “gente” como si esos términos no fueran problemáticos, como si el teórico supiera *a priori* lo que la gente necesita y desea. Pero aun las “necesidades materiales”, como lo plantearían los antropólogos, son culturalmente construidas, son asuntos de sentido. Hay una vasta diferencia entre satisfacer las necesidades materiales a través de una economía de mercado capitalista y hacerlo a través de prácticas e instituciones no-capitalistas (como lo han hecho la mayoría de las comunidades humanas a través de la historia). Muchos de los movimientos hoy en día, como el movimiento de las comunidades negras del Pacífico colombiano, no están orientados únicamente a satisfacer necesidades materiales –si este fuera el caso, ¿por qué no abogar por proyectos de desarrollo que darían lugar a la satisfacción de dichas necesidades? Muchos de estos movimientos se plantean objetivos que desde una perspectiva materialista son más inasibles, tales como derechos culturales, identidades, economías alternas (no abocadas a la acumulación), y otros por el estilo. En la insistencia de estos movimientos en cuanto a estos objetivos aparentemente más intangibles, yace una indicación que la defensa de lo local y lo localizado no es sólo una búsqueda ingenua y romántica por parte de teóricos académicos distanciados; también puede verse esta defensa como el objetivo de algunos movimientos sociales.

El debate sobre el postdesarrollo ha ayudado a crear un ambiente que ha animado aproximaciones más eclécticas y pragmáticas. Si algo ha resultado claro de los debates en torno al postdesarrollo en la década del noventa, es una mayor disposición por parte de muchos autores de adoptar constructivamente elementos de diversas tendencias y paradigmas (p. ej. Gardner y Lewis, 1996; Peet y Hartwick, 1999; Arce y Long, 2000; Schech y Haggis, 2000). Este es el caso particularmente en torno a una serie de cuestionamientos que incluyen los siguientes aspectos: la impugnación del desarrollo en espacios locales (nuevamente, como lo ilustra el caso de PCN); la reconceptualización de movimientos sociales desde la perspectiva de redes y articulaciones locales/globales; un nuevo acercamiento entre economía política y análisis cultural en lo que concierne a asuntos de desarrollo (es decir, el hecho que algunos economistas políticos de orientación marxista también han comenzado a pensar la cultura como variable importante en sus análisis); y, el análisis de la relación entre desarrollo y modernidad como un modo de profundizar y llevar a cabo en mayor detalle las críticas culturales de los postestructuralistas sin pasar por alto las contribuciones de las críticas liberales y marxistas. Estas tendencias están produciendo un nuevo entendimiento en cuanto a cómo funciona y se transforma el desarrollo.

Arce y Long (2000), por ejemplo, han perfilado un proyecto de pluralización de la modernidad al enfocarse en la “contra-labor” (*counterwork*) sobre el desarrollo que han realizado grupos locales. Estos autores se han enfocado en las formas en que las ideas y las prácticas de la modernidad son apropiadas y re-integradas en los mundos de vida local, resultando en modernidades múltiples, locales o mutantes. Con el término “contra-labor”, Arce y Long se refieren a las transformaciones necesarias que cualquier grupo social lleva a cabo en cualquier intervención de desarrollo al reposicionar necesariamente dicha intervención (proyecto, tecnología, modo de conocimiento, u otros) en su universo cultural dándole, de este modo, un sentido propio. Desde su punto de vista, la “contra-labor” frecuentemente conlleva la recombinación de elementos de varios contextos y tradiciones sociales y culturales en maneras que transforman la intervención de modos significativos. Cabe añadir que el aspecto importante de este concepto es identificar y fomentar esas formas de “contra-labor” que son culturalmente más significativas y que contribuyen a un mayor empoderamiento político. Citando otra vez el esfuerzo del PCN, los activistas realizan “contra-labor” en conceptualizaciones y estrategias convencionales de conservación de la biodiversidad, lo cual resulta en una propuesta híbrida que incorpora creativamente conocimientos modernos y locales, prácticas modernas y locales (ver el artículo de Libia Grueso en este mismo volumen).

Bebbington (2000) ha hecho un llamado para configurar una noción del desarrollo que sea al mismo tiempo alternativa y desarrollista, crítica y practicable, enfocada en el concepto de sustento. Grillo y Stirrat (1997) utilizan su crítica del postdesarrollo como punto de partida para una redefinición constructiva de la teoría y práctica del desarrollo. Fagan (1999) ha sugerido que la política cultural del postdesarrollo ha de partir de la vida y las luchas cotidianas de grupos concretos de personas, particularmente las mujeres, entrelazando de ese modo las propuestas marxistas y postestructuralistas. Diawara (2000) plantea implícitamente una idea similar al abogar por una consideración de las variedades de los conocimientos locales que se hallan presentes en los encuentros del desarrollo. Otro foco productivo de discusión ha sido la relación entre postdesarrollo, feminismo y teoría poscolonial. Silvestre (1999) advierte sobre el efecto que tiene en nuestras narrativas del mundo la distancia que nos separa de aquéllos sobre quienes hablamos. Sylvester propone construir conexiones entre la teoría poscolonial y el postdesarrollo como una medida correctiva de este problema y también como un beneficio posible para ambos. Otros autores hallan en el género y la pobreza un espacio privilegiado para entrelazar elementos del postdesarrollo, la teoría poscolonial, economía política y feminismo para lograr un nuevo entendimiento del desarrollo manteniendo, al mismo tiempo, un ojo crítico respecto del etnocentrismo y las exclusiones que con frecuencia anteriormente caracterizaban las representaciones desarrollistas de la mujer (p. ej. Marchand y Parpart, 1995; Gardner y Lewis, 1996; Schech y Haggis, 2000). También se han resaltado de manera productiva algunos asuntos básicos de diferencias paradigmáticas (Pieterse, 1998).

En el umbral de la presente década, el panorama de la teoría del desarrollo se encontraba marcado por una amplia gama de posiciones y un creciente diálogo interparadigmático. Esto podría considerarse como un resultado positivo de los ocasionalmente enconados debates sobre el postdesarrollo durante la década del noventa. A medida que nos adentramos en la década actual, los problemas del desarrollo siguen siendo tan desafiantes, sino inasibles, como siempre. Por una parte, la globalización económica ha adquirido tal potencia que aparentemente ha relegado los debates sobre la naturaleza del desarrollo a un plano menor. Por otra parte, los movimientos globales y la profundización de la pobreza continúan manteniendo en agenda asuntos sobre justicia y desarrollo. Para la mayoría de estos movimientos queda claro que el desarrollo convencional, del tipo que ofrece el neo-liberalismo, no constituye una opción. Sin duda hay muchas alternativas que están siendo propuestas por activistas de movimientos e intelectuales. Como mínimo, se está haciendo patente que si “Otro Mundo es Posible” –para apelar al lema del Foro Social Mundial- entonces, otro desarrollo debería ser posible. Los conocimientos que producen estos movimientos han llegado a constituir ingredientes fundamentales para repensar la globalización y el desarrollo. De este modo, el postdesarrollo también ha pasado a ser el fin del dominio del conocimiento experto sobre las pautas del debate. A nosotros, los intelectuales académicos del desarrollo, nos toca articularnos dinámicamente con estas tendencias intelectuales y políticas dentro de los movimientos con el objetivo siempre importante de repensar nuestras propias perspectivas.

¿Después del Tercer Mundo? Los fracasos de la modernidad y el advenimiento de la globalidad imperial

La capacidad del postdesarrollo de convertirse en un imaginario socialmente eficaz puede depender precisamente de la manera en que evaluemos el momento actual en la historia de la modernidad –y, por supuesto, del curso histórico que tomen estos procesos. Me parece importante hacer referencia a este asunto para concluir. En términos generales cabe preguntarse: ¿qué le está sucediendo al desarrollo y a la modernidad en los tiempos de globalización?, ¿por fin se está universalizando la modernidad, o está quedando atrás? Estas preguntas son sumamente apremiantes dado que se podría decir que el actual momento es uno de transición: entre un mundo definido en términos de la modernidad y sus corolarios, el desarrollo y la modernización, y la certeza que acarreaban –un mundo que ha operado mayormente bajo la hegemonía europea durante los últimos doscientos años, sino más; y una nueva realidad (global) que aún es difícil de discernir, pero la cual podría apreciarse desde dos vertientes opuestas: ya sea como una profundización de la modernidad alrededor del mundo, o bien como una realidad profundamente negociada que abarca muchas formaciones culturales heterogéneas –incluyendo, por supuesto, toda una gama de sutilezas entre ellas. Este sentido de transición se ve captado y condensado en la siguiente pregunta: ¿constituye la globalización la última etapa de la modernidad capitalista o es el comienzo de algo nuevo?

Boaventura de Sousa Santos (2002) ha destacado la incapacidad de pensar más allá de dar soluciones modernas a los problemas modernos. ¿Es posible pensar fuera de los paradigmas establecidos? Santos plantea que estamos trascendiendo el paradigma de la modernidad en dos sentidos: epistemológicamente y socio-políticamente. La vertiente epistemológica implica una disminución del dominio de la ciencia moderna y la apertura a una pluralidad de formas de conocimiento. Desde la vertiente social, la transición es entre el capitalismo global y las formas emergentes de las cuales apreciamos algunos hitos en los movimientos sociales actuales y en eventos tales como el Foro Social Mundial. El punto clave de esta transición es una tensión insostenible entre las funciones de la modernidad de regulación social y la emancipación social, las cuales están relacionadas, a su vez, al creciente desequilibrio entre expectativas y experiencia. Configurada para garantizar el orden en la sociedad, la regulación social es el conjunto de normas, instituciones y prácticas por medio de las cuales se estabilizan las expectativas, y la cual se basa en los principios de Estado, mercado y comunidad. La emancipación social reta el orden creado por la regulación en pos de un ordenamiento diferente. Estas dos tendencias se han tornado crecientemente contradictorias, lo que ha resultado en excesos y carencias más y más evidentes, particularmente con la globalización neo-liberal. El manejo en sí de estas contradicciones por la ciencia y el mercado se encuentra en crisis. De ahí la necesidad de una transición paradigmática que capacite nuevas formas de pensar la problemática de regulación y emancipación social. Con este fin, el de una nueva aproximación a la teoría social, se ha hecho un llamado al “postmodernismo oposicional” (Santos, 2002: 13, 14).

Las condiciones que produjeron la crisis de la modernidad aún no se han convertido en las condiciones para sobreponernos a la crisis más allá de la modernidad. De ahí la complejidad de nuestro período transicional, perfilada por la teoría postmoderna oposicional: enfrentamos problemas modernos para los cuales no existen soluciones modernas. La búsqueda de una solución posmoderna es lo que denomino postmodernismo oposicional [...] Es necesario partir de la disyuntiva entre la modernidad de los problemas y la postmodernidad de las posibles soluciones, y convertir la disyuntiva en el impulso de configurar teorías y prácticas capaces de reinventar la emancipación social a partir de los escombros de las promesas de emancipación que supuestamente constituían parte íntegra de la modernidad (Santos, 2002: 13).

Es así que para Santos la globalización no es la última etapa de la modernidad capitalista, sino el comienzo de algo nuevo. En este sentido parece coincidir con los proponentes del postdesarrollo. Pero el análisis no termina aquí: hay que considerar las condiciones sociales necesarias para que se instaure esta visión; hasta el momento, esas condiciones aparentemente no se han dado, especialmente considerando la nueva cara de imperio global y el creciente fascismo social. Una de las consecuencias principales del fracaso de la ciencia y el mercado en ofrecer soluciones a los problemas que han creado es, según Santos, el predominio estructural de la exclusión sobre la inclusión. La problemática de la exclusión se ha acentuado agudamente, ya sea por la exclusión de muchos que anteriormente se encontraban incluidos o porque los que en el pasado eran candidatos a la inclusión ya hoy en día no se les permite serlo; por consiguiente, día a día aumenta el número de personas que quedan en una verdadero “estado natural”. El tamaño de la clase excluida varía, por supuesto,

con la centralidad del país en el sistema mundial, pero es particularmente abrumador en Asia, África y Latinoamérica.

El resultado es un nuevo tipo de fascismo social como “un régimen social y civilizacional” (Santos, 2002: 435). Paradójicamente, este régimen coexiste con sociedades democráticas, de ahí su novedad. Este fascismo opera de varios modos: en términos de exclusión espacial; los territorios por los cuales luchan actores armados; el fascismo de la inseguridad; y, por supuesto, el fatal fascismo financiero, el cual en ocasiones dicta la marginación de regiones y países enteros que no cumplen las condiciones requeridas para el capital como lo estipulan el FMI y sus fieles asesores en gestión (Santos, 2002: 447-458). Los más altos niveles de fascismo social de estos tipos corresponden a lo que se conocía anteriormente como el Tercer Mundo. Este es, en fin, el mundo que está creando la globalización desde arriba o la globalización hegemónica. Sólo hay que pensar en Colombia (y el Pacífico en particular) o en Sudán o en Oriente Medio para percatarse de que esto es, de hecho, una imagen plausible de lo que está sucediendo en muchas partes del mundo.

La invasión de Irak en 2003 encabezada por los EE UU ha hecho al respecto dos cosas evidentes: primero, la disposición de utilizar niveles de violencia sin precedentes para imponer el dominio a escala global; segundo, la unipolaridad del actual imperio. Esta unipolaridad, la cual ha estado en ascenso desde la era Thatcher-Reagan, ha alcanzado su clímax con el régimen post-11 de septiembre y está basado en una nueva convergencia de los intereses militares, económicos, políticos y religiosos de los EE UU. En la persuasiva visión de la globalidad imperial que plantea Alain Joxe (2002), lo que estamos presenciando desde la primera Guerra del Golfo es el ascenso de un imperio que opera crecientemente a través del manejo asimétrico y especializado de la violencia, el control territorial, masacres sub-contratadas y “pequeñas guerras crueles”, todo lo cual tiene como objetivo imponer el proyecto capitalista neo-liberal. Lo que está en juego es el tipo de regulación que opera a través de la creación de un nuevo horizonte de violencia global. Este imperio regula el desorden a través de medios financieros y militares, empujando el caos en lo posible a los márgenes del imperio, creando así una paz “depredadora” para el beneficio de una casta noble global y dejando en su paso pobreza y sufrimiento indescriptibles. Es un imperio que no se hace responsable por el bienestar de aquéllos a quienes gobierna. Como plantea Joxe:

por el *imperium* de los Estados Unidos, aunque no controlado por éste. Carecemos de las palabras para describir este nuevo sistema, si bien estamos rodeados por sus imágenes [...] el liderazgo mundial por medio del caos, una doctrina que una escuela racional europea encontraría difícil de imaginar, necesariamente conduce al debilitamiento de los Estados –aun los Estados Unidos- a través de la *soberanía* emergente de corporaciones y mercados (2002: 78, 213).¹

El nuevo imperio opera no tanto a través de la conquista, sino más bien a través de la imposición de normas (libres-mercados, democracia y nociones culturales de consumo al estilo estadounidense, y otros). El anteriormente denominado Tercer Mundo es, ante todo, el teatro de una multiplicidad de pequeñas guerras crueles que, en lugar de ser un regreso a la barbarie de antaño, están vinculadas a la actual lógica global. Desde Colombia y Centro América a Argelia, África Subsahariana y el Oriente Medio, estas guerras toman lugar en Estados o regiones que no amenazan al imperio pero, en cambio, fomentan condiciones favorables para éste. Para gran parte del anteriormente denominado Tercer Mundo (y por supuesto para el Tercer Mundo dentro del núcleo) se ha reservado “el Caos-mundial” (Joxe, 2002: 107), la esclavitud de libre mercado y genocidio selectivo. En algunos casos esto llega a conformar una suerte de “paleo-micro-colonialismo” dentro de las regiones (Joxe, 2002: 157), en otros una balcanización, y aun en otros brutales guerras internas y desplazamientos masivos con el propósito de abrir regiones enteras para el capital transnacional (particularmente en el caso del petróleo, pero también en el de los diamantes, la madera, el agua, los recursos genéticos y terrenos cultivables). Estas pequeñas guerras crueles con frecuencia son estimuladas por redes mafiosas y tienen como objetivo la globalización macro-económica. Es evidente que este nuevo Imperio Global –“el Nuevo Orden Mundial de la monarquía imperial estadounidense” (Joxe, 2002: 171)- articula la “expansión pacífica” de la economía de libre mercado con una violencia omnipresente en un nuevo régimen de globalidad económica y militar; en otras palabras, la economía global se ve apoyada por una organización

1. Nota de la traductora: cita traducida al español del texto original en inglés: “The world today is united by a new form of chaos, an imperial chaos, dominated by the *imperium* of the United States, though not controlled by it. We lack the words to describe this new system, while being surrounded by its images. [...] World leadership through chaos, a doctrine that a rational European school would have difficulty imagining, necessarily leads to weakening states –even in the United States— through the emerging *sovereignty* of corporations and markets”.

global de violencia y viceversa (Joxe, 2002: 200). Desde una perspectiva subjetiva, lo que se halla en las regiones al Sur (incluyendo el Sur dentro del Norte) son “identidades fragmentadas” y la transformación de culturas de solidaridad en culturas de destrucción (ver Escobar, 2004, para una elaboración detallada de esta última sección).

Conclusión

Luego de este análisis, resultaría razonable pensar que el postdesarrollo es una quimera. Sin embargo, el proceso de repensar radicalmente el desarrollo y la modernidad podría abrir las puertas a poderosas posibilidades. Si aceptamos ya sea la necesidad de rebasar la modernidad o el planteamiento de que estamos en un período de transición paradigmática, esto quiere decir que los conceptos de desarrollo y del Tercer Mundo ya pertenecen al pasado: que en paz descansen. A este respecto, nos deja perplejos la aparente incapacidad por parte de desarrollistas y pensadores eurocéntricos de imaginar un mundo sin y más allá del desarrollo y la modernidad; este es un asunto de suma importancia que urge señalar a dichos pensadores. Ya no puede pensarse la modernidad como la Gran Singularidad, el atractor gigante hacia el cual todas las tendencias gravitan ineludiblemente, el camino a ser caminado por todas las trayectorias que desembocarían en un estado inevitablemente estable. Por el contrario, la “modernidad y sus exterioridades”, si se quiere (y la noción del postdesarrollo busca al menos visibilizar esas exterioridades) deberían tratarse como una verdadera multiplicidad donde las trayectorias son múltiples y pueden desembocar en múltiples estados. Los movimientos sociales de la última década son, en efecto, una señal de que esta lucha ya está en camino. El imaginarnos “después del desarrollo” y “después del Tercer Mundo” podría convertirse en un aspecto más integral del imaginario de estos movimientos; esto conllevaría, como hemos observado, la capacidad de imaginar algo más allá de la modernidad y los régimenes de economía, guerra, colonialidad, explotación de la naturaleza y las personas y el fascismo social que la modernidad ha ocasionado en su encarnación imperial global.

Referencias bibliográficas:

- Apffel-Marglin, Frédérique y Stephen Marglin (eds.) (1990) *Dominating Knowledge*. Oxford: Clarendon Press.
- Arce, Alberto y Norman Long (eds.) (2000) *Anthropology, Development, and Modernities*. Londres: Routledge.
- Bebbington, Anthony (2000) Re-encountering Development: Livelihood Transitions and Place Transformations in the Andes. *Annals of the Association of American Geographers* 90(3): 495-520 (Association of American Geographers, Washington, DC).
- Berger, Mark (1995) Post-Cold War Capitalism: Modernization and Modes of Resistance After the Fall. *Third World Quarterly* 16(4): 717-728 (University of London, Londres).
- Crew, Emma y Elizabeth Harrison (1998) *Whose Development? An Ethnography of Aid*. Londres: Zed Books.
- Diawara, Mamadou (2000) Globalization, Development Politics, and Local Knowledge. *International Sociology* 15(2): 361-371 (International Sociological Association, Madrid).
- Escobar, Arturo (1991) Imaginando un futuro: Pensamiento crítico, desarrollo y movimientos sociales. En Margarita López Maya (ed.), *Desarrollo y democracia*. Caracas: Universidad Central de Venezuela y UNESCO, pp. 135-170.
- Escobar, Arturo (1996) *La invención del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Escobar, Arturo (1999) *El final del salvaje*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Centro de Estudios de la Realidad Colombiana.
- Escobar, Arturo (2000) Beyond the Search for a Paradigm? Post-development and Beyond. *Development* 43(4): 11-14 (Society for International Development, Roma).
- Escobar, Arturo (2004) Más allá del Tercer Mundo: Globalidad imperial, colonialidad global y movimientos sociales anti-globalización. *Revista Nómadas* (20): 86-101 (Universidad Central, Bogotá).
- Esteva, Gustavo y Madhu Suri Prakash (1999) *Grassroots Postmodernism*. Londres: Zed Books.
- Fagan, G. Honor (1999) Cultural Politics and (post) Development Paradigms. En Ronaldo Munck y Denis O'Hearn (eds.), *Critical Development Theory: Contributions to a New Paradigm*. Londres: Zed Books, pp. 179-195.
- Ferguson, James (1990) *The Anti-Politics Machine*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gardner, Katy y David Lewis (1996) *Anthropology, Development, and the Post-Modern Challenge*. Londres: Pluto Press.
- Grillo, Ralph y Roderick L. Stirrat (eds.) (1997) *Discourses of Development. Anthropological Perspectives*. Oxford: Berg.
- Grueso, Libia (2005) Representaciones y relaciones en la construcción del proyecto político y cultural del *Proceso de Comunidades Negras* en el contexto del conflicto armado en la región del Pacífico Sur colombiano. En Daniel Mato

- (coord.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, pp. 53-70.
- Joxe, Alain (2002) *Empire of Disorder*. Nueva York: Semiotext(e).
- Kiely, Ray (1999) The Last Refuge of the Noble Savage? A Critical Assessment of Post- Development Theory. *The European Journal of Development Research* 11(1): 30-55 (European Association of Development Research and Training Institutes, Londres).
- Lehmann, David (1997) An Opportunity Lost: Escobar's Deconstruction of Development. *Journal of Development Studies* 33(4): 568-578 (Development Studies Institute, London School of Economics, Londres).
- Marchand, Marianne H. y Jane Parpart (eds.) (1995) *Feminism/Post-Modernism/Development*. Londres: Routledge.
- Mohanty, Chandra (1991) Under Western Eyes. Feminist Scholarship and Colonial Discourses. En Chandra Mohanty, Ann Russo y Lourdes Torres (eds.), *Third World Women and the Politics of Feminism*. Bloomington: Indiana University Press, pp. 51-80.
- Peet, Richard y Elaine Hartwick (1999) *Theories of Development*. Nueva York: Guilford Press.
- Pieterse, Jan Nederveen (1998) My Paradigm or Yours? Alternative Development, Post- Development, and Reflexive Development. *Development and Change* 29: 343-373 (Institute of Social Studies, La Haya).
- Rahnema, Majid y Victoria Bawtree (eds.) (1997) *The Post-Development Reader*. Londres: Zed Books.
- Rist, Gilbert (1997) *The History of Development*. Londres: Zed Books.
- Santos, Boaventura de Sousa (2002) *Towards a New Legal Common Sense*. Londres: Butterworth.
- Schech, Susanne y Jane Haggis (2000) *Culture and Development. A Critical Introduction*. Oxford: Blackwell.
- Sachs, Wolfgang (ed.) (1992) *El diccionario del desarrollo*. Lima: Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas, PRATEC.
- Shiva, Vandana (1993) *Monocultures of the Mind*. Londres: Zed Books.
- Storey, Andy (2000) Post-Development Theory: Romanticism and Pontius Pilate Politics. *Development* 43(4): 40-46 (Society for International Development, Roma).
- Sylvester, Chirstine (1999) Development Studies and Postcolonial Studies: Disparate Tales of the 'Third World'. *Third World Quarterly* 20(4): 703-721 (University of London, Londres).

Extraído de: <http://www.unc.edu/~aescobar/text/esp/El%20postdesarrollo%20como%20concepto.pdf>